

MARIANNE MEYN



“Es como si la propia tierra fuera portadora de las cicatrices de las heridas causadas por el pecado humano”

62

PERSPECTIVA

EL NUEVO DIA - MARTES 26 DE MAYO DE 1998

Un nuevo cielo y una nueva tierra

En la conferencia del Consejo Mundial de Iglesias (CMI), “Buscando un nuevo cielo y una nueva tierra”, cristianos de 54 naciones —protestantes, católicos y ortodoxos— se reunieron para expresar el arrepentimiento de las iglesias por haber reconocido muy tarde el peligro que corre la existencia de toda forma de vida de desaparecer del planeta Tierra. “No podemos negar el papel que nosotros, como iglesias, hemos desempeñado en la crisis que nos abruma. No hemos sabido pronunciar la palabra profética. Ni siquiera la escuchamos cuando muchas personas, entre las cuales muchos científicos, la dijeron. Menos aún, hemos oído los clamores de los pueblos nativos que desde hace siglos nos repiten que la modernidad mancillaría su propio nido y devoraría hasta sus propios hijos. Pedimos perdón y oramos por un cambio profundo de nuestros corazones para que renunciemos completamente al camino de la muerte y nos volvamos hacia Dios escogiendo el camino de la vida” (ver: carta respuesta ecuménica a la CNUMAD).

En la respuesta ecuménica a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (CNUMAD), la conferencia del CMI unió su voz a los pueblos que exigen un fin a la destrucción de los sistemas que mantienen la vida en la Tierra. Se comprometió a luchar dentro y fuera de la iglesia contra la contaminación del medio ambiente, la destrucción de los recursos naturales, el rescate de la vida y del equilibrio ecológico y a respaldar la búsqueda de nuevos modelos de sociedad que respeten la dignidad de los seres humanos y toda la creación divina.

La crisis ecológica actual motivó a las iglesias a formular una teología de la creación centrada en la ecología natural y social que destaca “la presencia del Espíritu de Dios en la creación” (Génesis 1:2, Salmo 104) y entiende que los seres humanos son parte integral de la naturaleza. “En lugar de pretender dominar la naturaleza, los seres

humanos tenemos la responsabilidad de preservar y cultivar la tierra, además de obrar junto a Dios en favor de la conservación del planeta. Si no existe una justa y equitativa distribución de los recursos y si los seres humanos no han sido liberados de toda forma de esclavitud, no podemos celebrar juntos el amor misericordioso del Creador y la bondad de la creación” (Ver: Informe del grupo sobre teología).

Como parte de una teología ecológica, se visualiza la necesidad de reformular concepciones de la antropología teológica como la jerarquía “*imago Dei*”, que “coloca a los seres humanos muy por encima de toda la creación” (ver: Informe del grupo sobre teología) en vez de visualizarlos como una parte integral. Por otro lado, propone reinterpretar la “doctrina del pecado” a la luz de la crisis ecológica para incluir en ésta toda acción que socava la posibilidad de la vida en la Tierra. “Tenemos una conciencia cada vez más clara de las diferentes dimensiones del pecado: personal, espiritual, social y mundial. La obsesión de los seres humanos por el poder y la acumulación de riquezas

degrada la Tierra y mina la vida de las generaciones futuras. Y una estrecha comprensión de la noción de propiedad crea un sistema que impide la justa distribución de los bienes materiales...” Para no ser cómplice del pecado ecológico y social cabe arrepentirse y convertirse (ver: Informe del grupo sobre teología). “Es como si la propia tierra fuera portadora de las cicatrices de las heridas causadas por el pecado humano... (Isaías 49:19) Hemos de oír los gemidos de la tierra que está con dolores de parto (Rom. 8:22) para despertar a una nueva sensibilidad y ser solidarios con los que luchan por la plenitud de la vida” (ver: Informe del grupo sobre teología).

Partiendo de la premisa de que “la Tierra en su estado actual ya no refleja justicia y la paz, y la gloria de Dios” y que la fe y la esperanza de los cristianos “no es un esperar pasivo, sino una expectativa activa”, se hace un llamado a todos los cristianos a “participar en el proceso de curación y de reconciliación, creando señales visibles del nuevo cielo y la nueva Tierra”. Además, destaca la importancia de la unidad de las iglesias para elaborar un “testimonio común, a fin

de que la comunidad cristiana sea un agente y una señal de la integridad de la creación” (ver: Informe del grupo sobre teología). Entiende que “el Espíritu de Dios se está moviendo para transformar la Iglesia y el mundo” y que la conciencia ecologista “nos impulsa a proclamar una espiritualidad respetuosa de la creación caracterizada por un estilo de vida sencillo que respalda la Tierra... procura la justicia... escucha a los pobres y a las poblaciones nativas... una espiritualidad de resistencia a todas formas de opresión de los seres vivos y de la Tierra”.

Se recomienda a las iglesias entre otras cosas:

1. que lean nuevamente la Biblia y reinterpreten nuestras tradiciones a la luz de la crisis ecológica;
2. que sensibilicen a sus miembros respecto a la crisis ecológica mediante la predicación, la enseñanza, los rituales... (Ver: Informe del grupo sobre teología).
3. que tomen partido con la osadía por los marginados acompañándolos en su lucha, uniéndose a ellos y aprendiendo de los movimientos que actúan fuera de la Iglesia en favor de la justicia y el bienestar de toda la creación.
4. que se comprometan a redefinir las relaciones entre la humanidad y la naturaleza y a expresar lo que significa para la Iglesia “estar al servicio de la creación”.
5. que fomenten la formación de grupos de acción y reflexión que defiendan la creación y estimulen la participación no sólo de los miembros de su iglesia sino también de otras iglesias y organizaciones locales que no pertenecen a la iglesia.
6. que proporcionen formación sobre cuestiones locales nacionales e internacionales para ayudar a las iglesias y sus comunidades a responder a las amenazas que se ciernen sobre la creación... (Ver: Informe del grupo sobre el papel de las iglesias).

La autora es miembro de Misión Industrial.

